

La palabra por_venir

Adriana María Pontelli¹

Se trata de llegar de nuevo, gracias a la falla, hasta la ribera del lenguaje.

Pascal Quignard

Escribir en tiempo de pandemia sobre “la palabra por venir” provocó un movimiento y a su vez la actitud de espera necesaria para dar lugar a su advenimiento, precisamente cuando, atravesada por las circunstancias, me resultaba dificultoso encontrar palabras, incluso en mi hablar cotidiano.

En esta oportunidad “tomo la palabra” y al hacerlo se me vienen diferentes formas en las que esta herramienta fundamental del análisis apareció en mi experiencia clínica durante este tiempo. Ensayé varias formas para su abordaje, pero no me salió ninguna que no me llevara finalmente a hacer foco en ese elemento singular, invisible y fugaz del análisis. Esta perspectiva un tanto microscópica contrasta con aquellas miradas más amplias, sobre todo si se tiene en cuenta el alcance global y las múltiples consecuencias de esta crisis sanitaria. Probablemente el enfoque que presento sea uno de los tantos efectos del confinamiento. De todos modos, estas ínfimas muestras de la práctica me permiten repensar la especificidad de la palabra que solo puede advenir en un espacio favorecido por esa escucha particular que es la escucha analítica.

El aislamiento obligatorio provocó de repente la interrupción de los tratamientos presenciales, y la irrupción del desconcierto. Quedó como opción el trabajo por vía remota, y en general los psicoanalistas asumimos el desafío de adecuarnos a los acontecimientos. No hubo mayores dificultades para quienes ya venían ejerciendo el oficio por teléfono o videollamada; otros en cambio siguen planteando que la atención virtual es transitoria, porque el psicoanálisis puro tiene que ser entre dos cuerpos, ya que resulta fundamental la presencia real del analista, encarnada ahí (Goldenberg, 2020). Personalmente me he

¹Licenciada en Letras Clásicas, Licenciada en Psicología, Magister en Psicología Clínica, Psicoanalista, Miembro Adherente de la Asociación Psicoanalítica de Córdoba.
Email: adrianapontelli@gmail.com

preguntado cómo se jugarían los fenómenos de la transferencia a la distancia, cuánto podría incidir la pérdida de la dimensión vital de la presencia corporal, y qué repercusión llegaría a tener la interrupción repentina de la sesión por problemas técnicos, la transformación de la imagen del otro en una figura congelada o pixelada, la voz metálica o entrecortada por dificultades en la conectividad. Seguramente este tipo de interferencias externas, tal como pasa en la presencialidad, puede incorporarse como material de análisis dependiendo de los efectos en cada paciente. Considero que la palabra hablada, incluso por vía telefónica o videollamada, sostuvo de alguna manera la presencia a través de la voz con su articulación de sonidos, entonación, timbre y fluidez. Pienso además que, ante la falta de un sitio concreto para el encuentro analítico, fue el tiempo el que posibilitó que este “tuviera lugar”, aconteciera. En algunas ocasiones el momento de la sesión marcaba un transcurrir detenido por la pérdida de la rutina cotidiana, y en muchos casos ofrecía un reducto para la palabra íntima amenazada por el encierro y la convivencia forzada.

La palabra por venir me sirvió de motor de escucha, para esperarla cada vez, en medio de mi propia incertidumbre. Y tal vez por eso, la palabra llegó para cada quien a su manera.

En las primeras semanas del confinamiento un paciente se mostró muy dispuesto a continuar las sesiones por teléfono. Sin embargo, fue llamativo su laconismo que lo atribuí a la incomodidad por la nueva modalidad. Como la angustia iba creciendo al igual que su mutismo, recurrí a las palabras como andamios para reconstruir un espacio de escucha. Y entre ellas apareció una que puso de manifiesto la ausencia de palabra para nombrar la “perplejidad”. La palabra venida del Otro puede operar como protección ante lo real. Néstor Braustein (2001) en “Un recuerdo infantil de Julio Cortázar” comenta la vivencia terrorífica del célebre escritor al escuchar, siendo él muy pequeño, el canto de un gallo bajo su ventana. El desconocimiento y la falta de una palabra para esa experiencia –vacío de nomenclatura, en términos de Cortázar– provocó un pavor tal que solo pudo ser mitigado con las palabras de su madre.

Fue insólito para mí recibir una consulta a través de audios de WhatsApp. Recuerdo que al comienzo creía imposible generar un espacio de escucha de esa manera. Me producía cierta inquietud el tiempo diferido entre el hablar (grabando) y el escuchar (reproduciendo), también la posibilidad de que el mensaje fuera borrado antes de ser enviado. Y si bien me quedaron interrogantes sobre la permanencia de esos registros materiales de la voz, este intercambio semanal de palabras con una persona sumida en una profunda melancolía le sirvió de “soga”, de donde se sostuvo estos meses. Viene a mi mente aquel relato de Freud donde un niño con miedo en la oscuridad le pide a su tía que le hable, y le insiste diciendo: “Hay más luz cuando alguien habla” (Freud, 1917/1994, pág. 371). El temor a la oscuridad y a la soledad persiste toda la vida, y remite a la añoranza de quien brindó los primeros cuidados. “Hay más luz cuando alguien habla”. Esta sinestesia marca un pasaje de una percepción sensorial a otra. La voz se torna mirada, mirada del Otro primordial, que en este caso posibilitó enmarcar el dispositivo (Hartmann, 2015).

Otro paciente decidió suspender su tratamiento y retomarlo cuando fuera posible hacerlo de manera presencial. En el transcurso de la cuarentena perdió su trabajo. Cuando consiguió uno mejor pago, solicitó hacer las sesiones por teléfono, porque inexplicablemente eso le provocaba una “angustia fantasmal” que solo podía ser hablada en sus sesiones. El hallazgo de estas palabras lo movió hacia ese espacio singular que es su análisis.

Después de muchos años de análisis, una paciente descubrió que esta modalidad a distancia le permitió decir cosas impensadas, sin la intimidación que le generan los cuerpos, el propio y el del Otro. Proliferaron en las sesiones relatos de sueños sin mucho velo. Pero la mayor novedad fue la aparición de inéditos silencios. La verborragia imparable y habitual comenzó a ceder. Cuando hablaba sobre un problema de salud cometió un fallido, dijo una palabra por otra, se desconcertó. Luego de un silencio intentó corregir y pronunció una palabra nueva, inexistente, muy similar a la palabra buscada, a excepción de una letra. Este neologismo, invención espontánea, provocó asombro, alguna conexión con un fragmento de su historia. Sin comprender de qué se trataba, sintió

la certeza de estar en un lugar por primera vez. En el marco de un análisis hay momentos en que las palabras se detienen: aparece o un silencio de lo silenciado o un silencio de lo silencioso, en términos de Santiago Kovadloff (2011). Él señala que a veces se presenta un silencio encubridor, resistencial, de una palabra implícita que remite a lo velado; y en otras ocasiones irrumpe un silencio descubridor de lo indecible, de lo innombrable, que no encuentra cabida en las palabras, porque su índole no es compatible con ellas. El psicoanalista calla para que el analizante escuche, y reconozca su propio silencio en la puesta en escena de ese silencio encarnado. Y en un instante fugaz acontece el advenimiento de la palabra, con su diferencia literal y sonora, audible por una escucha analítica que capta consonancias en el traspíe de un enunciado, resonancias en el modo de articulación fonológica, aparición reiterada de grupo de fonemas, eso que Jacques-Alain Miller (2012) llamó “inanidades sonoras”, tomando una expresión de Stéphane Mallarmé. Tocar la palabra allí, tocar esa materia verbal transforma lo malentendido en productividad, en una experiencia significativa de generación de sentido. Esta palabra en singular, particular de cada sujeto, no es dada. Se gesta en la experiencia analítica. Nacida del silencio, en un momento efímero y preciso da a luz y da luz a la verdad de cada sujeto. Nacida del silencio, soporta el peso de lo mudo, porque, aunque es dicha, deja un resto indecible.

La palabra por_venir... Ese espacio subrayado, vacío que marca el silencio, es un intervalo entre dos instantes, un tiempo desde el cual surge una palabra como lugar para un acontecimiento psíquico. Sylvie Le Poulichet (1996) señala que todo deviene y nada cesa por el juego de energía libre de los procesos primarios, y ese movimiento incesante del cuerpo pulsional se encuentra en el lenguaje. Con el advenimiento de la palabra en la experiencia analítica se produce un hallazgo que instaura un tiempo de pasajes presentes y venideros como vías abiertas a nuevas búsquedas.

Con la llegada de la pandemia y las medidas de confinamiento se perdió la presencialidad en los tratamientos, se desdibujaron los encuadres, quedaron suspendidos aquellos debates sobre la posibilidad o no de la virtualidad; y los

psicoanalistas continuamos con nuestro quehacer -cada quien como pudo- sostenidos por la regla fundamental de la asociación libre, promovida por una escucha atenta y parejamente flotante. En esta austeridad redescubrí el valor y la potencia transformadora de estos dos pilares que sostienen un análisis.

Referencias bibliográficas

Braunstein, N. (2001). Un recuerdo infantil de Julio Cortázar. En N. Braunstein, *Ficcionario de Psicoanálisis* (págs. 1-6). Buenos Aires: Siglo XXI.

Freud, S. (1917/1994). Conferencias de introducción al psicoanálisis. 25° Conferencia. La angustia. En S. Freud, *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Segunda edición, Vols. 16 (1916-17), págs. 357-374). Buenos Aires: Amorrortu.

Goldenberg, M. (7 de mayo de 2020). *Desafíos del psicoanálisis en tiempos de pandemia y distanciamiento*. Obtenido de Comercio y Justicia: <https://comercioyjusticia.info/blog/mundopsy/desafios-del-psicoanalisis-en-tiempos-de-pandemia-y-distanciamiento/>

Hartmann, A. (2015). "Tía... hay más luz cuando alguien habla". *Imago Agenda* (188), 18-23.

Kovadloff, S. (2011). *El silencio primordial* (Primera edición). Buenos Aires: Emecé.

Le Poulichet, S. (1996). *La obra del tiempo en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.

Miller, J.-A. (2012). Inanidades sonoras. En J.-A. Miller, *La fuga del sentido* (S. Baudini, Trad., Primera edición, págs. 71-98). Buenos Aires: Paidós.

Quignard, P. (2006). *El nombre en la punta de la lengua*. Madrid: Arena Libros.